This is the peer reviewd version of the followng article:

El PCI y la izquierda en la Italia de los años setenta / Botti, Alfonso. - STAMPA. - (2016), pp. 15-32.

Publicaciones Universidad de Valencia
Terms of use:
The terms and conditions for the reuse of this version of the manuscript are specified in the publishing policy. For all terms of use and more information see the publisher's website.

04/05/2024 01:42

(Article begins on next page)

EL PCI Y LA IZQUIERDA EN LA ITALIA DE LOS AÑOS SETENTA

Alfonso Botti
Università di Modena e Reggio Emilia

EL MARCO TEMPORAL

Los años setenta empiezan en Italia el 12 de diciembre de 1969 y terminan el 9 de mayo de 1978.

La primera fecha corresponde al atentado de plaza Fontana en Milán, en el Banco de la Agricultura, y, con ello, al inicio de lo que muy pronto se llamó «estrategia de la tensión». La segunda fecha, al descubrimiento del cadáver de Aldo Moro en un Renault 4 rojo en vía Caetani, entre vía delle Botteghe Oscure (sede del PCI) y plaza del Gesú (sede de la DC) en Roma. Un hilo une las dos fechas. La estrategia de la tensión, puesta en marcha por determinados sectores de los servicios de inteligencia del Estado y grupos neofascistas, ambos con apoyos internacionales, tenía el objetivo de desestabilizar el país para propiciar un giro hacia la derecha.[1] El asesinato de Moro eliminó de la escena política al más autorizado líder del partido italiano más votado, la DC. El único líder (junto con Ugo La Malfa, del minúsculo Partido Republicano) que, valorándola como necesaria, actuó en la perspectiva de una gradual inserción del PCI en el área del gobierno; y, lo que es más importante, el único capaz de ofrecer garantías al respecto a la derecha de su partido, a la Curia romana y a Washington.[2] Las dos fechas

[1] Piero Craveri: *La repubblica dal 1958 al 1992*, Turín, Utet, 1995, pp. 453-480.

[2] Sobre la figura de Aldo Moro (1916-1978), su secuestro y su asesinato existen una documentación y una literatura amplísimas. Al tener que reducir al máximo las referencias, me limito a apuntar la síntesis puntual de Agostino Giovagnoli: *Il caso Moro: una tragedia repubblicana*, Bolonia, il Mulino, 2005, y los dos trabajos en los cuales se encuentra un análisis y un comentario de gran finura historiográfica de las cartas de Moro desde la prisión de las Brigadas Rojas y del memorial que redactó en el mismo contexto: Aldo Moro: *Lettera*

fijan los extremos cronológicos del periodo en el cual se planteó (y fracasó) la posibilidad de un cambio hacia la izquierda en la dirección del país que se habría producido con la entrada del PCI en el gobierno. Un periodo que coincidió en el plano internacional, primero, con la consolidación de la distensión en el marco del cambio del sistema de la Guerra Fría que la invasión soviética de Checoslovaquia y el lanzamiento de la *Ostpolitik* por parte de Willy Brandt habían anunciado y que se concretó con la firma del tratado SALT I y con los acuerdos de Helsinki; después, con la crisis de la misma distensión, debido al *impasse* sobre SALT II, al expansionismo soviético en África y a la exigente política sobre los derechos humanos del nuevo presidente americano Jimmy Carter.[3] Unos años en los que si, por un lado, la llamada «cuestión comunista» se ubicó progresivamente en el centro de la agenda política italiana, por otro, la aproximación al gobierno de un país democrático europeo del mayor partido comunista del mundo occidental puso a Italia, a su laboratorio político y al PCI en un lugar destacado de la política internacional. Y no solo desde el punto de vista de la atención.

Para entenderlo mejor, hay que fijar la atención en algunos acontecimientos y a continuación centrarse en la propuesta que caracterizó la política del PCI a partir de la segunda mitad de 1973. En primer lugar, hay que considerar el impacto que tuvieron en la sociedad italiana el movimiento estudiantil de 1968 y las luchas obreras del *autunno caldo* de 1969. Se trata de una cuestión sobre la cual existe abundantísima literatura que no viene al caso mencionar aquí y que no ha llevado todavía a una interpretación compartida entre los historiadores. En todo caso, pocos son los que discrepan al apuntar que el 68 propició cambios muy relevantes en la mentalidad y las costumbres, y que produjo, por un lado, un movimiento antiautoritario y democrático que impactó en la sociedad civil, y, por otro, una radicalización de sectores de la izquierda (sobre todo juveniles) que, dando vida a los grupos de la llamada izquierda extraparlamentaria (Potere operaio, Il Manifesto, Lotta Continua, Avanguardia operaia, por citar los principales), compitieron con el PCI para apoderarse del consenso obrero sin conseguirlo; y que fue también del fracaso de esta «nueva izquierda» de donde surgió el terrorismo rojo. Con el proyecto de actuar en el terreno militar como vanguardia de un movimiento revolucionario de masas –unas masas a las que, según ellos, el PCI había traicionado–, en octubre de 1970 nacieron

---

dalla prigione, edición de Miguel Gotor, Turín, Einaudi, 2008, y Miguel Gotor: *Il Memoriale della Repubblica. Gli scritti di Aldo Moro dalla prigionia e l'anatomia del potere italiano*, Turín, Einaudi, 2011.

[3] Silvio Pons: *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006, pp. 3-4, 21, 111 y *passim*.

las Brigadas Rojas. Su actividad marcó los años setenta, que merecieron la denominación de «años de plomo».[4]

En segundo lugar, es preciso fijar la atención en el resultado de las elecciones generales de 1972, en las cuales la DC se confirmó primer partido con el 38,66% de los votos.[5] El conjunto de los pequeños partidos de centro (PLI, PSDI, PRI), aliados de la DC, consiguió el 11,89% de los sufragios, y la derecha, con el MSI, el 8,67%. En cambio, la izquierda en su conjunto se quedó con el 39,73% de los votos, porcentaje que resulta de sumar los de los comunistas (27,25%), los socialistas (9,61%), los socialistas de izquierda del PSIUP (1,94%) y los de dos nuevas fuerzas políticas: Il Manifesto, grupo expulsado del PCI poco antes, y el Movimento Politico dei Lavoratori (MPL), una agregación de la izquierda católica procedente del asociacionismo y sindicalismo católicos (fundamentalmente ACLI –Associazioni Cristiane dei Lavoratori Italiani– y CISL –Confederazione Italiana Sindicati Lavoratori–), que lograron entre los dos apenas el 1,03% de los sufragios. Los resultados de 1972 permiten destacar algunos datos interesantes. El primero es que el movimiento de 1968, a corto plazo, no favoreció a la izquierda, sino más bien al centro y a la derecha. El segundo es que la DC resistió muy bien las críticas contra la unidad política de los católicos llevadas a cabo por sectores posconciliares del catolicismo democrático y progresista, como demuestra el fracaso del MPL liderado por el expresidente de las ACLI, Livio Labor. El tercer dato es que también el PCI resistió las críticas procedentes de los nuevos movimientos a su izquierda, como demuestra el fracaso de Il Manifesto, prefiguración de la falta de un espacio político significativo a la izquierda del PCI que, en el plano electoral, caracterizaría todas las elecciones sucesivas hasta finales de los años ochenta.[6] Sin em-

[4] A partir del otoño de 1976 también actuó otra organización terrorista de la misma procedencia ideológica: Prima Linea. Sobre el terrorismo rojo y los años de plomo hay una memorialística y una literatura periodística e historiográfica muy extensa. Sin embargo, falta al respecto mucha documentación y varios archivos siguen cerrados. Para orientarse en este maremágnum, las referencias más útiles son las siguientes: Giorgio Galli: *Piombo rosso*, Milán, Baldini & Castoldi Dalai, 2007; Giorgi Bocca: *Il terrorismo italiano, 1970/1978*, Milán, Rizzoli, 1978; Sergio Flamigni: *Convergenze parallele. Le Brigate rosse, i servizi segreti e il delitto Moro*, Milán, Kaos, 1998; Giuseppe De Lutiis: *Il golpe di via Fani. Protezioni occulte e connivenze internazionali dietro il delitto Moro*, Milán, Sperling & Kupfer, 2007; Andrea Saccoman: *Le Brigate Rosse a Milano. Dalle origini della lotta armata alla fine della colonna «Walter Alasia»*, Milán, Unicopli, 2013.

[5] De aquí en adelante todos los porcentajes de votos de las elecciones generales se refieren a la Cámara de Diputados, también en la tabla ubicada al final del presente artículo para facilitar al lector una visión de conjunto.

[6] En las elecciones de 1976, a la izquierda del PCI se presentó Democrazia Proletaria (DP), que consiguió el 1,52% de los votos y 6 diputados; en 1979, el PdUP y la Nuova Sinistra Unita consiguieron el 2,17% de los votos y 6 diputados; en 1983, DP el 1,47% y 7 diputados; en 1987, también DP obtuvo el 1,66% de los votos y 8 diputados.

bargo, a partir del resultado electoral el PCI infravaloró el impacto que el 68 había tenido en el plano social, cultural y de la mentalidad colectiva. Lo anterior contribuye a esclarecer algunas premisas, las más próximas, de la propuesta política que Enrico Berlinguer[7] hizo en 1973.

EL COMPROMISO HISTÓRICO, LA AUSTERIDAD Y EL EUROCOMUNISMO

Debido a la enfermedad de Luigi Longo, Berlinguer había sido elegido secretario general del PCI en marzo de 1972, con ocasión del XIII Congreso del partido. Entre finales de septiembre y octubre de 1973, a raíz de los acontecimientos de Chile,[8] Berlinguer lanzó en tres artículos que aparecieron en *Rinascita* la propuesta de un «nuevo y gran compromiso histórico».[9] Esta propuesta correspondía a su análisis de la fase política interna e internacional, al tiempo que se insertaba en el cauce de la tradición del comunismo italiano. El líder comunista consideraba que una mayoría parlamentaria y gubernamental progresista del 51% habría producido una peligrosa ruptura en el país de la cual hubiera podido aprovecharse la derecha subversiva. Además de lo ocurrido en el Chile de Salvador Allende, no hay que olvidar la «estrategia de la tensión» y el ascenso de la derecha neofascista desde el 4,4% de 1968 al 8,7% en las elecciones de 1972, a las cuales se había

[7] Sobre la figura de Enrico Berlinguer (1922-1984) y la actividad del PCI en los años setenta existe una literatura abundante que es imposible mencionar aquí. Al margen de las referencias puntuales que se harán más adelante, es preciso apuntar que el presente artículo se ha aprovechado de varias de las aportaciones recopiladas en Roberto Gualtieri (ed.): *Il PCI nell'Italia repubblicana, 1943-1991*, Roma, Fondazione Istituto Gramsci, Annali XI, Carocci, 2001, y en los cuatro volúmenes de *L'Italia repubblicana nella crisi degli anni settanta*: vol. I, Agostino Giovagnoli y Silvio Pons (eds.): *Tra guerra fredda e distensione*; vol. II, Fiamma Lussana y Giacomo Marramao (eds.): *Culture, nuovi soggetti, identità*; vol. III, Francesco Malgeri y Leonardo Paggi (eds.): *Partiti e organizzazioni di massa*; vol. IV, Gabriele De Rosa y Giancarlo Monina (eds.): *Sistema politico e istituzioni*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003; y también de los trabajos de Umberto Gentiloni Silveri: *L'Italia sospesa. La crisi degli anni Settanta vista da Washington*, Turín, Einaudi, 2009; Frédéric Heurtebize: *Le péril rouge. Washingon face a l'eurocommunisme*, París, PUF, 2014.

[8] En Chile, Salvador Allende y la coalición de la Unidad Popular habían triunfado en las elecciones de 1970 con el 36,37% de los votos. Huelga decir que con el golpe del general Pinochet del 11 de septiembre de 1973, Chile se sumaba a las dictaduras militares de derecha de Bolivia (1971) y Uruguay (1972) y se avanzaba a la de Argentina (1976).

[9] Los tres artículos se encuentran ahora en Enrico Berlinguer: *La «questione comunista», 1969-1975*, edición de Antonio Tatò, Roma, Editori Riuniti, 1975, pp. 609-639. En la edición española (*La «cuestión comunista»*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1977, con prólogo de Jordi Solé-Tura), en las pp. 139-161.

presentado como MSI-Derecha Nacional, incorporando a los monárquicos. Tampoco hay que olvidar que fue justamente a partir del otoño de 1973 cuando se manifestó, con la subida del precio del petróleo, la tremenda crisis económico-financiera que llevaría a Berlinguer a hablar de «crisis del sistema imperialista y capitalista mundial» en su informe al XIV Congreso del PCI, en 1975.[10] Para salir de la crisis, solucionar los problemas del país y derrotar al neofascismo, Berlinguer valoraba como necesaria la formación de un bloque social entre clase obrera y clases medias, al cual habría tenido que corresponder una alianza estratégica en el plano político entre los tres partidos de masas (DC, PCI y PSI). Estratégica, también, por la gradual superación del capitalismo a través de la introducción de elementos de socialismo en la economía y la adopción un nuevo modelo de desarrollo. Una tercera vía entre la socialdemocracia de los países noreuropeos y el socialismo «real» de los países del bloque soviético. Una vía que había de tener en su base la austeridad. Por lo menos, esta era una de las concreciones del compromiso histórico que el secretario comunista habría explicitado en enero de 1977. En sus palabras, se trataba de aprovechar la «auténtica novedad histórica» en la cual «las viejas clases dominantes y el viejo personal político» sabían que ya no estaban «en condiciones de imponer sacrificios a la clase obrera y a los trabajadores italianos», sino que tenían que pedirlos. Y esto suponía el reconocimiento implícito de que era la clase obrera «la nueva fuerza dirigente de la sociedad y del Estado». Una clase obrera que podía aceptar hacerse cargo de estos sacrificios solo si los tres objetivos de interés general (sanear la economía nacional, poner en marcha la recuperación productiva y elevar el nivel de empleo) se insertaban en el camino de la gradual salida de los mecanismos y de la lógica que habían regido el desarrollo italiano de los últimos veinticinco años, así como de sus pseudovalores, para introducir «por lo menos algunos de los fines, valores y métodos propios del ideal socialista». Lo que pedía la política de austeridad, en fin, era un nuevo modelo de desarrollo «tanto contra la demencia consumista como contra el intento de cargar los costes de la salida de la crisis solo sobre las espaldas de la clase obrera y de los trabajadores».[11]

[10] *XIV Congresso del Partito comunista italiano. Atti e risoluzioni*, Roma, Editori Riuniti, 1975.

[11] Enrico Berlinguer: *Austerità occasione per trasformare l'Italia*, Roma, Editori Riuniti, 1977 (entrecomillado y paráfrasis se refieren a la edición española: *Austeridad. Una ocasión para transformar Italia*, Barcelona, Editorial Materiales, 1978, pp. 96-99), recopilación de los dos discursos de enero de 1977 en los cuales el líder comunista había explicado el sentido de la austeridad.

Con el compromiso histórico Berlinguer volvía a proponer la línea que había caracterizado la política togliattiana en los años del paso del fascismo a la República (y concretamente desde su regreso a Italia en marzo de 1944) y en los primeros años republicanos (1945-47) con los gobiernos de Unidad nacional y la perspectiva de «democracia progresiva».[12] Subyacente a esta propuesta estratégica estaba una cultura política en la cual se advertía la fundamental aportación de Franco Rodano, el líder del pequeño grupo de católicos-comunistas incorporados al PCI en la segunda posguerra, que consideraba compatibles y, más aún, convergentes la moral católica (solidaria, centrada sobre el bien común, la idea de la política como servicio, el rechazo del individualismo y del consumismo burgués) y la moral comunista.[13] Una visión, es preciso añadirlo, que asumía y valoraba como positiva la presunta actitud antimoderna del catolicismo social a raíz de su declinación anticapitalista.

La propuesta de Berlinguer tomaba en serio las amenazas representadas por las derechas subversivas y proponía como respuesta una ampliación de la democracia; se dirigía fundamentalmente a la DC, en la cual, después de la derrota del MPL, consideraba improbable una ruptura que separara las corrientes de izquierda de las de derecha; además, se proponía solucionar el problema del agotamiento de todas las anteriores fórmulas de gobierno (centrismo y centro-izquierda) y de la falta de mayorías estables en el plano parlamentario; finalmente, si bien de una manera más implíci-

[12] Momento clave de aquella línea había sido el voto favorable de los comunistas al artículo 7 de la Constitución, que en materia de relaciones Estado-Iglesia hacía referencia a los pactos de Letrán del 11 de febrero de 1929. Togliatti justificó el cambio de actitud del PCI, que de esta forma rompió el frente de los partidos laicos, con la necesidad de evitar una fractura entre laicos y católicos y, así, una posible «guerra de religión». Destaca los aspectos de continuidad entre Berlinguer y Togliatti la obra de Salvatore Lupo: *Partito e antipartito. Una storia politica della prima repubblica (1946-78)*, Roma, Donzelli, 2004, pp. 251-252.

[13] Además de Franco Rodano (1920-1983), también el economista Luciano Barca (1920-2012) y el secretario particular de Berlinguer Antonio Tatò (1921-1992) procedían del Movimiento de los Católicos Comunistas (1943), que a continuación se denominó Partido de la Izquierda Cristiana. Sin lugar a dudas, el principal teórico del grupo fue Rodano, cuyas obras más significativas desde el punto de vista que aquí interesa son estas: Franco Rodano: *Sulla politica dei comunisti*, Turín, Bollati Boringhieri, 1975, e íd.: *Questione democristiana e compromesso storico*, Roma, Editori Riuniti, 1977. Para un perfil intelectual del personaje, véase Marcello Musté: *Franco Rodano. Critica delle ideologie e ricerca della laicità*, Bolonia, il Mulino, 1993, y, sobre todo, Renato Moro: «Franco Rodano e la storia del "partito cattolico" in Italia», en Alfonso Botti (ed.): *Storia ed esperienza religiosa. Studi per Rocco Cerrato*, Urbino, Quattro Venti, 2005, pp. 183-214. Más en general, aporta datos importantes sobre el compromiso histórico, la política comunista de los años setenta y el propio Berlinguer el volumen de Antonio Tatò: *Caro Berlinguer. Note e appunti riservati di Antonio Tatò a Enrico Berlinguer, 1969-1984*, Turín, Einaudi, 2003.

ta, por su influencia sobre el movimiento obrero ofrecía cierto control de la conflictividad social a cambio de un nuevo modelo de desarrollo en el cual estuviesen presentes «elementos de socialismo». Con todo, se trataba de una propuesta que se dirigía a los partidos y que no valoraba lo suficiente ni la sociedad civil ni los cambios que se habían producido en ella a partir de 1968. Prueba de esto fue la actitud que el partido tuvo frente al referéndum sobre el divorcio y la gestión que inicialmente hizo de aquel enfrentamiento cultural y político.

Frente a la Ley n. 898 Fortuna-Baslini, que en 1970 había introducido el divorcio en la legislación italiana, los obispos –de acuerdo con Pablo VI– y gran parte de las organizaciones católicas y de la DC se habían movilizado para derogar dicha ley por medio de un referéndum según lo previsto en el artículo 75 de la Constitución. El referéndum suponía un enfrentamiento entre la DC y el PCI justamente cuando los comunistas acababan de proponer una alianza estratégica con los demócrata-cristianos. A esta preocupación el PCI añadía el temor, por un lado, a una fractura de la sociedad italiana entre laicos y católicos y, por otro, a una derrota de los divorcistas. Por lo tanto, había intentado introducir unas reformas de la ley de divorcio que evitaran el referéndum.[14] No lo consiguió y el 12 de mayo de 1974 los italianos votaron. El resultado fue muy distinto de las expectativas de los católicos tradicionalistas y de las derechas, así como de los temores del PCI, puesto que el 59,1% de los italianos se expresó en favor del mantenimiento de la ley.[15] Fue un claro síntoma de la madurez alcanzada por la sociedad civil, gracias también a la actividad del movimiento feminista, que pocos años después, en 1978, conseguiría la ley sobre el aborto.[16]

Lo que el PCI no valoró (o no entendió) entonces fue que, si la ola del 68 había producido sus efectos en la sociedad civil, en la cultura y en la mentalidad y, por el contrario, tardaba (o tardaba más) en impactar sobre la política y los equilibrios de fuerza entre los partidos, algún problema debía tener la política. Y concretamente el propio PCI, que los tenía por dos razones diferentes y opuestas entre sí. La primera serie de problemas surgía

[14] En su intervención ante el Comité Central del PCI del 26 de julio de 1973, frente a la eventualidad del referéndum sobre el divorcio Berlinguer había defendido la idea de que una campaña sobre la cuestión supondría un cambio negativo del marco político y pondría en riesgo valores fundamentales, como la paz religiosa, la unidad de las masas trabajadoras, el porvenir de la democracia y el progreso de la sociedad italiana. Guido Crainz: *Il paese mancato. Dal miracolo economico agli anni ottanta*, Roma, Donzelli, 2003, p. 503.

[15] Gianbattista Scirè: *Il divorzio in Italia. Partiti, Chiesa, società civile dalla legge al referéndum*, Milán, Bruno Mondadori, 2007.

[16] Gianbattista Scirè: *L'aborto in Italia. Storia di una legge*, Milán, Bruno Mondadori, 2011.

del hecho de que el PCI formaba parte del sistema político que el movimiento del 68 había cuestionado radicalmente. No solo formaba parte de él, sino que se esforzaba por autorrepresentarse como pieza clave de aquel sistema para legitimarse. La segunda serie de problemas surgía de la Guerra Fría y de la fuerte vinculación que el partido había tenido (y mantenía) con el PCUS, la Unión Soviética y su bloque. Problemas de los cuales Berlinguer era muy consciente y que se propuso solucionar empezando a marcar distancias respecto al comunismo soviético. Lo hizo a partir de enero de 1973 auspiciando la superación del bipolarismo y de los dos bloques;[17] lo hizo en febrero de 1976 en Moscú con ocasión del XXV Congreso del PCUS; lo hizo, sobre todo, lanzando el «eurocomunismo»[18] que marcaba distancias con el comunismo oriental y asiático, al tiempo que confirmaba el cambio de actitud de PCI y PCE (bastante menos del PCF) en relación con el proceso de unificación europea;[19] lo hizo con la entrevista que el *Corriere della Sera* publicó el 15 de junio de 1976, en la cual Berlinguer afirmó sentirse más seguro bajo el paraguas de la OTAN[20] y pocas semanas después con su intervención en la Conferencia de Berlín de los partidos comunistas europeos; volvió a hacerlo en Moscú el 2 de noviembre de 1977, con ocasión de la celebración de los setenta años de la Revolución bolchevique.[21] Sin embargo, las críticas al sistema soviético se produjeron al encontrarse el PCI en el umbral del gobierno, quizá demasiado tarde para no transmitir la sensación de un cambio oportunista o meramente táctico. No era así, porque se trataba de una línea que venía de lejos y que tenía por antecedente la «vía italiana hacia el socialismo» elaborada por Togliatti. Pero el parti-

[17] Silvio Pons: *Berlinguer e la fine del comunismo*, p. 23.

[18] La documentación producida por el PCI, el PCE y el PCF sobre el eurocomunismo entre 1975-77 está recopilada en Peter Lange y Maurizio Vannicelli (eds.): *The Communist Parties of Italy, France and Spain. Post-war Change and Continuity*, Londres, Allen and Unwin, 1981. Sin embargo, siguen siendo útiles las obras de Sergio Segre: *A chi fa paura l'eurocomunismo?*, Rimini-Firenze, Guaraldi, 1977; y Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977.

[19] Sobre la actitud del PCI frente al proceso de integración europea, véase Mauro Maggiorani: *L'Europa degli altri. Comunisti italiani e integrazione europea, 1957-1969*, Roma, Carocci, 1998.

[20] «Berlinguer conta anche sulla Nato per mantenere l'autonomia da Mosca», *Corriere della Sera*, 15 de junio de 1976.

[21] Sobre el eurocomunismo véanse: Carl Boggs: *The Impasse of Eurocommunism*, Boulder, Westview Press, 1982; Richard Kindersley (ed.): *In Search of Eurocommunism*, Nueva York, St Martin's Press, 1981; Heinz Timmermann: *The Decline of the World Communist Movement: Moscow, Beijing, and Communist Parties in the West*, Boulder, Westview Press, 1987. Sin embargo, el análisis más pormenorizado y solvente de la visión internacional de Berlinguer, del significado del eurocomunismo y del gradual desenganche del PCI de la Unión Soviética es el de Silvio Pons: *Berlinguer e la fine del comunismo*...

do recibía financiación de la URSS[22] y había en él sectores filosoviéticos e incluso estalinistas que ralentizaron la marcha hacia una más completa autonomía de la URSS. Sea como fuera, la toma de distancias respecto al país soviético no convenció a Estados Unidos, cuya actitud contraria al ingreso de representantes comunistas en el Gobierno de un país de la OTAN tampoco cambió con la presidencia de Jimmy Carter. Si durante las administraciones republicanas de Nixon y Ford habían sido Kissinger y el embajador en Italia, John Volpe, los más decididos adversarios de esta solución, no hubo cambios sustantivos durante la Administración demócrata de Carter, con Brzezinski y el nuevo embajador en Roma desde 1977 hasta 1981, Richard N. Gardner. Es más, el 12 de enero de 1978 el Departamento de Estado lo reafirmó de una forma clara, justamente a solicitud de Gardner: los Estados Unidos eran contrarios a la participación de los partidos comunistas en los gobiernos de la Europa occidental. Un mes antes el PCI había pedido su entrada en el Gobierno.[23]

El respaldo del que el PCI gozaba entonces en el país era muy fuerte. En las elecciones administrativas del 15 y 16 de junio de 1975, cuando votaron por primera vez los jóvenes de entre 18 y 20 años, el PCI llegó al 33,4% (datos de las regionales) de los votos, con un aumento del 6,5% (frente a las generales de 1972), convirtiéndose además en el primer partido en las principales ciudades (Roma, Milán, Nápoles, Turín y Génova, además de Bolonia). La DC bajó 3,4 puntos porcentuales, pero se confirmó todavía como primer partido, con el 35,2% de los votos. En el mismo año el PCI alcanzó el número de 1.715.000 afiliados.[24]

En los meses sucesivos, mientras el país vivía un gravísima crisis económica con una inflación de en torno al 17%, estallaron varios escándalos, el más importante de los cuales fue el «escándalo Lockheed», que involucró a algunos políticos del área del Gobierno por haber aceptado sobornos a cambio de la compra de aviones militares y salpicó al propio presidente de la República, Giovanni Leone. Además, se produjo una ofensiva del terrorismo brigadista, con varios ataques armados a cuarteles de las fuerzas del orden en Milán y Génova y con el asesinato de un alto magistrado en Génova.

[22] Gianni Cervetti: *L'Oro di Mosca*, Milán, Baldini & Castoldi, 1993; Valerio Riva: *L'Oro di Mosca. I finanziamenti sovietici al PCI*, Milán, Mondadori, 1999.

[23] Silvio Pons: *Berlinguer e la fine del comunismo...*, y Francesco Barbagallo: *Enrico Berlinguer*, Roma, Carocci, 2006, *passim*.

[24] En 1976 tenía 2.325 liberados. De 1970 al 1978, el PCI incrementó en 900.000 su número de afiliados; Guido Crainz: *Il paese mancato. Dal miracolo economico agli anni ottanta*, Roma, Donzelli, 2003, p. 352.

Fue en este clima, caracterizado por las expectativas y los temores sobre el *sorpasso*, en el que los italianos volvieron a votar el 20 de junio de 1976. Con una participación del 93,4%, el PCI conquistó el 34,4% de los votos. Pero la DC se confirmó como primer partido con el 38,7%. En su conjunto, la izquierda (PCI, PSI y DP) alcanzó el 45,5% de los votos para la Cámara, frente al 39,8% de 1972. De las elecciones salió una situación completamente nueva: sin el PCI no había mayoría parlamentaria para sustentar un gobierno. Siguiendo la línea del compromiso histórico y su análisis de la situación económica, el PCI propuso un gobierno de solidaridad nacional con su participación. Frente a la negativa de los demás partidos, la solución que el PCI aceptó, después de muchos debates en su interior y de negociaciones constantes, sobre todo con la DC y los socialistas, fue la de un monocolor demócrata-cristiano liderado por Giulio Andreotti, que en verano estrenó su Gobierno gracias a la abstención de comunistas, socialistas, socialdemócratas, republicanos y liberales. Fue el Gobierno de la «no desconfianza». El PCI se tragó el sapo. Fue un acto de confianza en la capacidad de Moro para llevar a la DC a aceptar que el PCI, que ya permitía con su «no desconfianza» la vida del Gobierno, entrara en un momento posterior en la mayoría y a continuación en un Gobierno de emergencia o solidaridad nacional. El proyecto de Moro no coincidía con el de Berlinguer. En la visión del líder demócrata-cristiano, la entrada del PCI en el Gobierno correspondía a una «segunda fase» que habría tenido que legitimar plenamente a los comunistas para gobernar el país, con lo cual se abriría una «tercera fase» en la que los dos partidos, ambos ahora plenamente legitimados, se alternarían en el Gobierno del país según la voluntad de los electores. Por el contrario, Berlinguer veía en el Gobierno de los tres partidos de masas una especie de solución estable, por no decir definitiva.[25]

Con todo, desde el punto de vista comunista, la «no desconfianza» significaba el fin de la *conventio ad excludendum* hacia el PCI que había caracterizado la política italiana hasta la fecha. Un primer paso hacia el gobierno y al tiempo una novedad que permitió consensuar con los demás partidos del arco constitucional la elección de Pietro Ingrao para la presidencia de la Cámara (tercer cargo en importancia en el Estado) y de siete comunistas para la presidencia de otras tantas comisiones parlamentarias.

Como se ha dicho, la idea de Berlinguer y del PCI era la de facilitar la aceptación de los sacrificios que la crisis económica imponía a los trabajadores a cambio de reformas que marcaran un nuevo modelo de desa-

[25] Pietro Scoppola: *La repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia in Italia (1945-1990)*, Bolonia, il Mulino, 1991, pp. 365-379.

rrollo, un modelo marcado por la austeridad. Una especie de desarrollo sostenible, anticonsumista, que el líder comunista no consiguió explicar y que muchos se empeñaron en malinterpretar. Y que, en todo caso, poca posibilidad de aceptación tenía en los sectores sociales no protegidos por el Estado de bienestar, sobre todo jóvenes en el paro, licenciados sin ocupación a quienes el PCI no representaba y que a partir del movimiento en las universidades de 1977 (sirvan de ejemplo los incidentes de febrero de 1977 en la Universidad La Sapienza de Roma, cuando el sindicalista comunista Luciano Lama fue atacado por grupos de estudiantes) se lanzaron contra el PCI identificándolo, junto a la DC, como pilar del sistema, del orden y del *statu quo*. De la protesta estudiantil y juvenil se apoderó el movimiento de la autonomía obrera, que trató al PCI de enemigo, a la vez que este trataba de *squadrista* al nuevo movimiento estudiantil. El movimiento de protesta cogió al PCI en una posición delicada. Entre finales de 1977 y principios de 1978, al darse cuenta del desgaste que suponía su ubicación, el partido pidió un gobierno de emergencia del cual formase finalmente parte. Por consiguiente, Andreotti dimitió en febrero. Moro pidió al PCI más paciencia, concediéndole la entrada en la mayoría. Sin embargo, el nuevo Gobierno, también monocolor, liderado una vez más por Andreotti y sin ministros que pudiesen representar el cambio de orientación auspiciado por los comunistas, tuvo que tomar posesión en el dramático clima determinado por el secuestro de Moro. Fue un Gobierno de «solidaridad nacional» al que, sin otro remedio, el PCI sostuvo hasta el 7 de enero de 1979, cuando Berlinguer anunció en la Dirección el paso del partido a la oposición.

El 31 de enero 1979 Andreotti dimitió. En el XV Congreso, el 30 de marzo de 1979, Berlinguer afirmó que el PCI se habría quedado en la oposición de cualquier gobierno que lo excluyese. En las elecciones, otra vez anticipadas, del 3 de junio del mismo año, el PCI perdió casi 4 puntos porcentuales (cerca de 1,5 millones de votos), y bajó al 30,38%. La DC perdió el 0,4%, con lo que se quedó con el 38,30% de los votos. En noviembre de 1979, Berlinguer anunció el fin de la política de compromiso histórico y la nueva línea de «alternativa democrática» sobre la base de una alianza con los socialistas. Estos, sin embargo, con el ascenso en la secratería de Bettino Craxi en 1976 ya habían empezado a acercarse a la DC para una reedición del centro-izquierda y a exasperar la conflictividad con los comunistas. Pero esta sería ya la historia de los años ochenta, y los setenta, como se ha dicho, se habían acabado con el asesinato de Moro.

Las valoraciones de la historiografía

Sin la pretensión de ofrecer un panorama exhaustivo de las interpretaciones de la política de los comunistas italianos en los años setenta y del compromiso histórico, sí merece la pena apuntar las más significativas. Según Paul Ginsborg (1989), el compromiso histórico fue una propuesta inicialmente defensiva que a continuación se convirtió, concretamente a partir de 1976, en estratégica. El historiador británico (pero italianizado desde varias décadas) insiste en la convergencia entre moralidad católica y comunista, así como sobre la austeridad. Reconoce a la propuesta comunista dos méritos: haber puesto en el centro del debate político la cuestión comunista y haber salvaguardado la democracia italiana impidiendo su deriva autoritaria. Al mismo tiempo, apunta los siguientes defectos: la errónea valoración de la DC, que ya no era la de 1945 por haberse instalado en el Estado y por representar al partido conservador y del capitalismo italiano; la escasa capacidad de la austeridad para interpretar la tendencia consumista de amplios sectores de la población italiana después del *boom* económico de los sesenta; el carácter verticalista del encuentro entre PCI y DC, ambos no demócratas en su funcionamiento interno, que permitía pensar en un encuentro entre «dos iglesias»; el carácter indefinido de la «tercera vía» y de la gradual introducción de elementos de socialismo en la economía, que, si por un lado no dejaba claras las diferencias con el modelo socialdemócrata y el soviético, por otro no distinguía entre las reformas de estructura y las sencillamente correctivas del sistema.[26] En pasajes posteriores de su historia de la Italia republicana, Ginsborg añade un elemento interpretativo de gran importancia cuando apunta otra consecuencia que el compromiso histórico de los años de los gobiernos de solidaridad nacional tuvo en la fractura que se produjo entre PCI y mundo juvenil urbano y universitario. A raíz del ansia por demostrar su plena fiabilidad y responsabilidad como partido de gobierno, el PCI, que había votado contra la Ley Reale que en 1975 había introducido medidas represivas muy discutibles desde el punto de vista del Estado de derecho en materia de orden público, votó en 1976 a favor de su prórroga; una actitud que facilitó la explosión del movimiento juvenil de 1977, el cual tuvo al PCI como principal blanco.[27] Además, Ginsborg reprocha al compromiso histórico la infravaloración de los socialistas.[28]

[26] Paul Ginsborg: *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica, 1943-1988*, II: *Dal «miracolo economico» agli anni '80*, Turín, Einaudi, 1989, pp. 478-482.

[27] Ibíd., pp. 512-513.

[28] Ibíd., p. 540.

También Pietro Scoppola (1991) valora como defensiva la estrategia del compromiso histórico,[29] de la cual subraya la diferencia con los gobiernos de solidaridad nacional, y traza un paralelismo entre la propuesta comunista y la «tercera fase» dibujada por Aldo Moro. En su análisis, las dos líneas compartieron la necesidad de facilitar respuestas al deterioro moral del país. Además, ambas permanecían en la lógica de la «democracia de los partidos». Pero, mientras que el compromiso histórico no preveía la alternancia como objetivo de una democracia finalmente acabada, la «tercera fase» sería un proceso que habría tenido que llevar, después de la plena legitimación recíproca, a la alternancia. Según Scoppola, el principal límite de ambas perspectivas fue el no plantear reformas institucionales de suficiente altura para propiciar la salida de la crisis de la «democracia de los partidos».[30]

Silvio Lanaro (1992) trata a Berlinguer de «hombre nuevo» para resaltar su no pertenencia a la generación del antifascismo y del exilio.[31] Insiste en la influencia que Franco Rodano tuvo sobre el secretario comunista hasta el punto de reconducir al tomismo el dibujo berlingueriano de la sociedad orgánica, en la cual la mediación y la «comprensión» (palabra clave según Lanaro en el léxico de Berlinguer) borrarían sistemáticamente el conflicto y la propia lucha de clases.[32] Atribuye a Berlinguer el error de haber imaginado

> una consonanza perfetta fra le subculture «storiche» dei partiti e le domande sociali che essi esprimono, nel postulare una docilità naturale delle istituzioni e nel giudicare insignificante il problema degli uomini chiamati a tradurre in opere un'ipotesi politica.[33]

Considera los gobiernos de «solidaridad nacional» como gobiernos del compromiso histórico que, al margen de la buena voluntad, incluso cuando aprobaron leyes de reforma, no consiguieron su eficaz aplicación a la realidad.[34]

Guido Crainz (2003) insiste en la percepción del peligro representado por la derecha subversiva que Berlinguer tuvo –y que ubica antes del golpe chileno– y en la renuncia del PCI a parte de su programa para presentarse como partido nacional, a la altura de representar la clave para el cambio de dirección política, necesario a raíz de la grave crisis económica. Su inter-

[29] Pietro Scoppola: *La repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia in Italia (1945-1990)*, Bolonia, il Mulino, 1991, p. 365.

[30] Ibíd., pp. 365-379.

[31] Silvio Lanaro: *Storia dell'Italia repubblicana*, Venecia, Marsilio, 1992, pp. 406-407.

[32] Ibíd., p. 408.

[33] Ibíd., p. 417.

[34] Ibíd., pp. 417-419.

pretación adelanta a principios de los setenta la crisis del sistema político italiano y de los partidos, de la cual facilita varios síntomas (corrupción, financiación ilícita de los partidos, revueltas de Reggio Calabria y de L'Aquila), y se detiene en los primeros en detectarla (como, por ejemplo, Pier Paolo Pasolini en su denuncia del *Palazzo*, es decir, de la clase gubernamental). En este mismo contexto observa la contradicción en la cual actuó el PCI, que para entrar en la mayoría tuvo que ser aceptado por los partidos que ya la integraban y, justamente por ello, corrió el riesgo de perder sus rasgos diferenciales y ser percibido como los demás partidos. Prueba de ello son el rechazo por parte del PCI de las críticas a la «clase política» (y del empleo del sintagma), su intento de evitar el referéndum sobre el divorcio modificando la ley y su voto favorable a la ley de financiación de los partidos de 1974, justamente cuando habían estallado varios escándalos con respecto a la financiación ilícita. Del compromiso histórico, además, Crainz critica su corte partidista («politicista» podríamos decir) o, por decirlo de otra manera, la confusión entre la democracia y la «democracia de los partidos»; o, de otro modo aún, la identificación entre las masas comunistas, socialistas y católicas y el PCI, el PSI y la DC. Desde su punto de vista, el principal límite de la política comunista en los años setenta sería el hecho de privilegiar los equilibrios políticos, amoldándose a la lógica de los partidos (especialmente durante los gobiernos de solidaridad nacional de 1976-79).[35]

A las aportaciones de los historiadores de la Italia republicana hay que añadir las investigaciones que se han centrado sobre la política comunista de los setenta y el propio Berlinguer a la luz de la documentación procedente de los archivos del PCI. Por la imposibilidad de ofrecer una panorámica al respecto, me limitaré a dos trabajos, que son además los que más se han utilizado como fuentes indirectas para redactar el presente artículo. El primero es la biografía política *Enrico Berlinguer* (2006), en la cual Francesco Barbagallo insiste sobre la continuidad que la política del compromiso histórico representa con la línea togliattiana del «partido nuevo», mientras que considera poco influyente la elaboración teórica y política de Franco Rodano al respecto.[36] Huelga remarcar la aportación de este trabajo, que es bastante más que una biografía del líder comunista. Por el contrario, sí merece la pena apuntar la importancia que Barbagallo atribuye a Estados Unidos y a la Unión Soviética en el bloqueo del proyecto que con los gobiernos de solidaridad nacional habían puesto en marcha Berlinguer y Moro (con el apoyo de La Malfa).[37]

[35] Guido Crainz: *Il paese mancato*..., pp. 444-589.
[36] Francesco Barbagallo: *Enrico Berlinguer*, Roma, Carocci, 2006, p. 188.
[37] Ibíd., p. 299.

El segundo es el trabajo al que se ha hecho ya muchas veces referencias, *Berlinguer e la fine de comunismo* (2006), en el cual Sivio Pons destaca una segunda dimensión internacional del compromiso histórico (la primera es la que se refiere al impacto del golpe chileno), que identifica con «su vinculación con la idea de la distensión como factor gradual pero suficientemente dinámico de cambio». Una idea que Pons considera como *forzatura* por tener en su base no unos hechos, sino un desafío que apostaba por la posibilidad de que un cambio en las reglas del juego bipolar asignara al comunismo europeo un importante papel en la política internacional.[38] Por el contrario, no hubo ni cambio de las reglas, ni superación del bipolarismo, ni consolidación de la distensión. Ello decretó la derrota del proyecto eurocomunista berlingueriano, que Pons reconstruye e interpreta como complementario al compromiso histórico, como su vertiente en el plano de la política exterior.

Al margen de los historiadores, son muchos los políticos que han dejado un testimonio autobiográfico o una reflexión más distanciada (por lo menos en las intenciones) sobre los acontecimientos del periodo. De entre ellos merece la pena recordar la reconstrucción de la historia del comunismo italiano que Lucio Magri –uno de los fundadores de *Il Manifesto*– nos ha dejado en su *Il sarto di Ulm* (2009), donde insiste sobre el análisis equivocado que Berlinguer hizo de la DC y considera un gravísimo error la participación del PCI en los gobiernos de «solidaridad nacional». En su valoración, no fue el asesinato de Moro lo que provocó el fin del experimento y de la marcha del PCI del Gobierno, sino que este proyecto ya había fracasado antes. Es más: pasó justamente lo contrario, puesto que el secuestro y el asesinato de Moro provocaron la continuación de los gobiernos de solidaridad nacional.[39]

Consideraciones finales

La propuesta política que Berlinguer hizo en los años setenta tuvo tres vertientes, complementarias y coherentes entre ellas. En el plano de la política interna, propuso el compromiso histórico. En materia de política económica, la austeridad. En el plano de la política exterior, el eurocomunismo.

La primera fue la más elaborada de las tres, se insertó en el cauce de la tradición togliattiana y pareció entonces ofrecer una solución concreta al

[38] Silvio Pons: *Berlinguer e la fine de comunismo*, pp. 36-37.

[39] Lucio Magri: *Il sarto di Ulm. Una possibile storia del PCI*, Milán, Il Saggiatore, 2009, pp. 275-306.

bloqueo político de la situación italiana. Bloqueo gubernamental y crisis económica, junto a la extraordinaria fuerza organizativa y electoral del PCI, consiguieron poner el compromiso histórico en el centro del debate público como «cuestión comunista». Sus límites fueron los derivados de tener en su base una lectura catastrofista de la situación económica mundial, de no evaluar correctamente la naturaleza de la DC y de minusvalorar el papel y la aportación de los socialistas. Sobre las relaciones con los socialistas, hay que añadir algunas consideraciones. Dividido en corrientes, frágil en su estructura, débil desde el punto de vista electoral, subalterno de hecho al PCI desde la posguerra, el PSI tenía una imagen muy mala a los ojos de los comunistas. Sin embargo, al fin y al cabo, lo que obstaculizó la posibilidad de entendimiento no fue ni la fragilidad del PSI, ni su orientación socialdemócrata, sino su actitud más laica y libertaria, su sensibilidad para los derechos civiles: temas sobre los cuales el PCI llevaba un retraso importante (como demuestra, por ejemplo, su actitud frente al divorcio). Craxi vino después y su ascenso en el PSI fue también la consecuencia de la actitud que los comunistas habían tenido históricamente con ellos. Al hilo de lo dicho anteriormente, puede añadirse que en el trasfondo de la cultura política del PCI de Berlinguer había una infravaloración de los procesos de secularización que habían afectado a la sociedad italiana y, al tiempo, una valoración negativa de esta.[40] Volviendo al compromiso histórico, su principal debilidad radicó en el desfase con los procesos sociales. Un desfase y una distancia que se acentuaron en los meses de la no desconfianza, cuando el PCI se encontró en posición delicada y entre dos fuegos.

La política económica de la austeridad fue poco más que una enunciación. Y consistencia vaporosa tuvieron aquellos elementos de socialismo que el PCI quería introducir en el nuevo modelo de desarrollo, a cambio de algo muy claro, muy fácil de entender y practicar: los sacrificios de los trabajadores. El PCI no supo presentar la austeridad ni como un camino distinto de la modernización, ni como una democratización de la modernidad, ni como una respuesta a los impactos de una modernización incontrolada sobre el ambiente y el ecosistema. Quizá fuese demasiado pronto. Quizá fuera anacrónico pretenderlo. Lo cierto es que la idea que se filtró en la opinión pública y en los militantes de izquierda fue la de una actitud antimoderna del PCI, y la imagen que se apoderó de la mente de muchos fue aquella triste, gris y pobre de los países del socialismo real, en los cuales incluso pocos de los comunistas italianos hubieran querido vivir.

[40] Algo similar ha planteado en un reciente artículo el filósofo que en su momento fue comunista del PCI, Biagio De Giovanni: «Berlinguer, ha vinto o è stato sconfitto?», *L'Unità*, 20 de octubre de 2015.

En todo caso, ambas propuestas –la política y la económica– hubieran podido beneficiarse del eurocomunismo en el plano internacional. Siempre que tuviese éxito y que este éxito fuera duradero. Pero no lo tuvo. Feo el neologismo (*eurocomunismo* había sido un invento periodístico), genial la idea, se trataba de plasmar una nueva familia política, comunista, democrática y europea, distinta de la filosoviética, con la cual entrar y contar en el proceso de construcción europea y al tiempo abrir el camino hacia el gobierno de los diferentes partidos comunistas en sus respectivos países. Genial la idea, pero frágil su contenido, del cual lo único claro era la plena aceptación de la democracia y del pluralismo, mientras que bastante menos lo eran las diferencias con la socialdemocracia y la posible articulación con la democracia del reivindicado anticapitalismo. Frágil en su composición organizativa, debido a la actitud escasamente europeísta, por no decir antieuropeísta, del PCF, a las fugas hacia adelante de Carrillo y a la ausencia de otros partidos comunistas occidentales (como por ejemplo el portugués o el griego). Frágil, sobre todo, por la hostilidad del comunismo soviético y de los partidos «hermanos» de la Europa oriental, que en el eurocomunismo vieron una amenaza a su hegemonía y un ejemplo muy peligroso para los movimientos disidentes de los países comunistas. Frágil, en fin, porque no consiguió ni el apoyo de las socialdemocracias ni de Estados Unidos a pesar del cambio de la Administración con el triunfo de Jimmy Carter.

Elecciones generales. Cámara de los Diputados (%)

	1968	1972	1976	1979
DC	39,12	38,66	38,71	38,30
PCI	26,90	27,25	34,37	30,38
PSI	14,40 (PSI-PSDI Unificati)	9,61	9,64	9,81
MSI (DN)	4,45	8,67	6,1	5,26
PDIUM (monárquicos)	1,30	//	//	//
Extrema Izquierda		1,03 (MPL e Il Manifesto)	1,52 DP	2,17 (PdUP y NSU)
PLI, PSDI, PRI	7,79 (sin PSDI)	11,89	7,78	8,81
PSIUP	4,45	1,94	//	//
Partito Radicale			1,76	3,45

En conclusión, si fuera posible acercarse en clave superficial pero eficaz a los muy complicados y trágicos años setenta italianos, podría afirmarse que el verdadero compromiso histórico fue el que, de hecho, contrajeron la Unión Soviética y Estados Unidos para obstaculizar la entrada del PCI en el gobierno italiano. Quizá en el fracaso de la segunda influyese –y mucho– el éxito del primero.